

CAPÍTULO VI

Ataque á la garita de México y á la hacienda de Callejas. — Muerte del coronel Joaquín Rodríguez. — Sus funerales en la iglesia de la congregación. — Los liberales celebran el cinco de mayo. — El coronel Loeza. — Su muerte. — Los heridos liberales en los hospitales imperialistas. — El teniente coronel Castañeda y Nájera. — Diversos episodios. — Preparativos para salir de Querétaro.

El día primero de mayo fué desfavorable para las tropas del Imperio. Se intentó una salida por la línea del sur, y después de un formidable cañoneo sobre la hacienda de Callejas, se lanzó sobre ella una columna que ocupó parte de la fábrica allí situada, lanzándose en seguida al asalto de la garita. Los imperiales fueron rechazados, teniendo que retirarse violentamente hacia la ciudad y aun temiendo que los liberales entraran tras ellos, pero felizmente se detuvieron en sus posiciones.

En la mañana de ese día, encontrándome en la puerta del convento y viendo desfilar la columna que iba á salir al mando del general Don Severo del Castillo, se acercó á mí el coronel Joaquín Rodríguez, aquel joven

oficial que mencioné desde los primeros capítulos de de este libro.

Como se recordará, Rodríguez fué nombrado oficial de órdenes en Miramar, y después de estar en Palacio al lado de Maximiliano, durante los primeros meses del Imperio, como oficial de órdenes, había sido separado por una intriga palaciega.

Después de su separación de Palacio, se le dió el mando del cuerpo de la guardia municipal de infantería. En la época del sitio de Querétaro, tendría unos veintiséis años, era muy blanco, de pelo rubio y rizado, de ojos claros, de gallarda apostura, muy valiente, muy entusiasta y lleno de ambiciones y de esperanzas.

Estaba en vísperas de casarse con una hermosa joven mexicana, cuando fué nombrado para la expedición de Querétaro el batallón que mandaba.

Como ya dije, Rodríguez era muy valiente y en todos los hechos de armas en que había tomado parte siempre se había conducido con bravura y con honor; sin embargo aquella mañana estaba profundamente desalentado.

Desde que nos conocimos en Palacio, habíamos intimado, y la mañana del día primero de mayo, al que vengo haciendo referencia, mientras se alistaban las fuerzas del general Severo del Castillo, hablaba Rodríguez conmigo en la puerta del convento; él, que siempre tenía muy buen humor y era muy jovial, me manifestaba que esa mañana había despertado con una tristeza profunda y un profundo desconsuelo, y presentía que algo grave iba á pasarle.

Yo le animé cuanto pude, y antes de partir para el asalto, me dió un estrecho abrazo, dándome un adiós, muy conmovedor, por si, como lo suponía, no nos volvíamos á ver.

No había pasado ni una hora; me encontraba todavía en la puerta del convento oyendo el nutrido fuego que se escuchaba por el lado donde habían partido nuestras tropas, cuando ví que venía en dirección de La Cruz un grupo de soldados, trayendo un caballo por la brida, y sobre el caballo un cadáver.

Era el de Rodríguez, que había muerto al recibir en la frente una bala republicana, de las primeras disparadas por el enemigo.

Profundamente emocionado dí parte al Emperador, y éste, muy conmovido también, ordenó que se dispusiera lo necesario para que al siguiente día se inhumara el cadáver del valiente coronel, con todos los honores militares debidos á su grado y á su valor.

Efectivamente á las nueve de la mañana del día dos, salía del convento la fúnebre comitiva encabezada por el Emperador y por un grupo de jefes y oficiales; seguía el batallón de Rodríguez con sus armas á la funerals, sus tambores enlutados y sus clarines con sordina. Cuatro sargentos del propio batallón cargaban el féretro y al ruido estruendoso del cañón republicano, atravesamos la ciudad hasta llegar á la iglesia de la Congregación.

Después de una solemne misa de *Requiem*, que se celebró por el difunto, en el altar mayor del templo, se

inhumó el cuerpo en una fosa abierta en el interior de la misma iglesia.

Afuera, el batallón de Rodríguez, hacía las descargas reglamentarias, mientras la tierra del pavimento de la iglesia de la Congregación, cubría los restos mortales de aquel valiente.

El día tres, intentaron nuestras tropas un nuevo ataque, disponiéndose al efecto dos columnas, una al mando del general Severo del Castillo y la otra al mando de Miramón.

La primera debía simular una salida, á la madrugada y hacia la hacienda de Calleja; y la segunda atacar la línea del Norte.

Castillo encontró obstáculos para su salida y ésta no pudo verificarse; pero Miramón, viendo que llegaba la hora convenida y que no se escuchaba el cañoneo por donde esperaba oirlo, atacó vigorosamente al enemigo por el Norte, apoderándose de las avanzadas liberales y subiendo al cerro de San Gregorio, de modo que los liberales se vieron obligados á reconcentrar en ese punto los refuerzos de las líneas inmediatas.

Entonces siendo muy superiores las tropas liberales á las nuestras, Miramón tuvo que volver á la ciudad.

En esta jornada, la guardia municipal, que dos días antes había visto morir valientemente á su bravo coronel Rodríguez, vió de nuevo caer bajo las balas republicanas á su jefe el coronel Sosa, nombrado la víspera en substitución de Rodríguez, y al teniente coronel Da-

niel Franco, que en el campo de batalla fué nombrado para substituir á Sosa.

También á los liberales costó muy cara aquella jornada, pues según supimos después perdieron más de doscientos hombres entre los que se contaban trece jefes y oficiales.

Para desvanecer en parte el doloroso y nefasto efecto causado por aquella jornada sangrienta, se publicó la falsa noticia de que había llegado á Querétaro un sargento llamado Guadalupe Victoria, trayendo comunicaciones oficiales de Márquez, y en las que anunciaba que ya se dirigía á la plaza sitiada con tantos y tantos cuerpos, mencionándose hasta los nombres de éstos y los de los jefes que los mandaban.

Se echaron á vuelo las campanas y se tocaron dianas en los cuarteles; pero puedo asegurar que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la veracidad de tales noticias.

El cinco de mayo, aniversario de la derrota de los franceses en Puebla, pasó todo el día sin incidente alguno, pero por la noche, vimos repentinamente incendiarse todo el campo enemigo por la línea del Norte, con un fuego nutrido de fusilería; tronó varias veces el cañón republicano y millares de cohetes de luces multicolores llenaron el espacio.

Suponíamos que el enemigo intentaba un ataque general, y nos preparábamos para rechazarlo; pero después de tres horas de aquel bombardeo inútil, la más completa obscuridad y el silencio más absoluto envolvieron el campamento de los republicanos.

Una mañana, se presentó al Emperador un joven llamado Pedro Sauto, que pertenecía á una familia acomodada de Querétaro, familia muy adicta á la causa imperial.

Sauto se ofreció á llevar á México órdenes verbales para Márquez. Maximiliano aceptó con gusto y dió á Sauto las órdenes que éste había de transmitir al Lugarteniente del Imperio. El arrojado correo no llevaba escrito más que un diminuto papel de seda en el que se le daba á conocer á Márquez como enviado de Su Majestad.

Pasó Sauto el foso del puente, y agitando un pañuelo blanco en la mano, se dirigió á las líneas enemigas, donde fué conducido al cuartel general inmediatamente.

Al día siguiente apareció como todos los enviados anteriores, colgado de un alto palo y con el letrero de costumbre.

CORREO DEL EMPERADOR

Después supimos, por varios prisioneros republicanos, que en el cuartel general había manifestado que cansado de las vejaciones que sufrían los paisanos dentro de la ciudad, y de las escaseces que cada día aumentaban, había resuelto salir de la plaza y ofrecer sus servicios á los sitiadores.

Al efecto se le incorporó á un cuerpo, y despojándole de sus ropas se le dió un uniforme; pero al ser despo-

jado de su traje de paisano, el oficial republicano que le daba el uniforme sintió en la cinta de seda, que rodeaba su sombrero fieltro, crujir el pequeño pliego enrollado.

Se dió parte desde luego al general en jefe, quien dió orden inmediatamente que Sauto fuera fusilado y colgado frente á la trinchera de los imperiales; más aún, que fuera izado en un alto palo, para que no dejaran de ver los partidarios de Maximiliano el fin que se les esperaba.

Otro día que el Emperador almorzaba solo con su médico, hacíamos otro tanto, los oficiales de órdenes y yo, en uno de los corredores; como ni al Emperador ni á los que lo rodeábamos nos faltaba pan, porque unas monjas que se habían reservado buenas cantidades de harina, lo fabricaban en el convento y enviaban suficiente para el soberano y para su casa, yo distribuía el que nos quedaba entre algunos oficiales amigos.

Entre éstos se contaba el coronel Loaeza, quien llegó al corredor donde almorzábamos pescados en conserva y pan, pues no nos atrevíamos á comer carne de caballo ni de mula.

Se acercó Loaeza á nuestra mesa y le ofrecimos un poco de pan con pescado y un vaso de vino. Loaeza, que era un oficial muy jovial, llamó á aquello el festín de Baltasar, y como el tiroteo y los cañonazos no cesaran, ni por un momento desde que había comenzado nuestro festín, manifestó que iba á asomarse por la azotea, para ver qué era lo que motivaba música tan estruendosa.

Loaeza, por su alegre carácter, contaba con numerosos amigos entre todos los que formábamos la casa imperial y entre los oficiales; por su estatura y por estar siempre de bota fuerte y de gran uniforme, le llamábamos Napoleón el pequeño.

No hizo el bravo coronel Loaeza más que llegar á la azotea para ver qué era lo que motivaba aquel fuego tan nutrido, cuando escuchamos un grito lamentable, y pocos momentos después dos soldados lo conducían en brazos. Entonces nos dijeron los soldados que en los momentos en que Loaeza llegaba á la azotea, había venido á reventar á sus pies una granada haciéndole pedazos las dos piernas.

Á los gritos de Loaeza, acudió el Emperador al lugar donde nos encontrábamos, y allí mismo el doctor Basch amputó al coronel las dos piernas; colocado en una camilla, fué conducido á su casa, que se encontraba en el centro de la ciudad y donde vivía con su joven esposa y un hijo suyo de muy corta edad.

Á la mañana siguiente fuí á verlo de parte de Maximiliano; lo encontré muy alentado y tan jovial como siempre, me dijo que esperaba que el soberano no lo abandonaría y que ya que no podía volverse á poner sus botas fuertes, inventaría un carrito para poder servir de algo en el ejército.

Yo le expresé la pena que ese accidente le había causado al Emperador y el interés que había manifestado por saber cómo se encontraba su bravo coronel, y agregué que podía tener la seguridad de que si salía-

mos bien de Querétaro, volvería siempre á tener su sueldo de coronel, como si estuviera en servicio activo, que por lo pronto Maximiliano le mandaba algunas onzas de oro para atender á su curación.

Loeza, profundamente conmovido, me recomendó manifestara su gratitud al soberano y le expresara que si moría, moriría gustoso por haber dado su vida por un hombre tan noble y tan generoso.

Ofrecí volver al día siguiente, y cuando lo hice salió á recibirme la Sra de Loeza, quien sollozando, casi á gritos, me dijo que su esposo acababa de morir.

Entre los oficiales prisioneros que se encontraban en La Cruz, había muchos jóvenes de buenas familias de México, que entusiastas partidarios de la República, habían ingresado á las filas liberales. Muchos de ellos habían caído mortalmente heridos en el campo de batalla, como Florentino Mercado, Peña y Ramírez y otros. Algunos habían sido llevados heridos á nuestros hospitales; entre éstos se encontraban Alberto Méndez y Francisco Castañeda y Nájera. Maximiliano casi diariamente pasaba por las celdas que ocupaban los prisioneros y procuraba que nada les faltase. Visitaba también los hospitales, y hacía que se tratara de igual manera á los heridos liberales que á los imperialistas. Al manifestarle yo, á qué familia pertenecía Castañeda y Nájera, ordenó desde luego que lo atendiera el doctor Basch y que se le dieran los mejores alimentos. Castañeda y Nájera había sido recogido del campo de batalla, frente al Cimatario, con ocho lanzazos en el cuerpo.

Gracias á su edad, á su vigorosa naturaleza y á los cuidados que con él se tuvieron, Castañeda pudo escapar de la muerte.

Los demás oficiales, temerosos de ser fusilados, me preguntaban diariamente qué pensaba el Emperador hacer con ellos; yo les aseguraba, porque lo sabía bien, que ninguno de ellos sería fusilado, á pesar de que nuestros correos eran ahorcados siempre que se les cogía.

Había entre aquellos prisioneros algunos de alta graduación, como tenientes coroneles, comandantes y capitanes.

Castañeda era coronel y ayudante de campo del general Escobedo.

Pasáronse algunos días después del cinco de mayo, sin que hubiera acontecimiento ninguno digno de mención; los liberales seguían enviando sus granadas sobre la ciudad, averiando con ellas los edificios y matando pacíficos ciudadanos.

Entre las tropas imperiales, cada día aumentaba la desconfianza y el desaliento, nadie creía ya en los auxilios de Márquez; faltaba dinero, faltaban víveres, los desertores aumentaban de día en día, y el mismo regimiento de la Emperatriz, que era uno de los más leales, contaba todos los días con algún desertor que iba á engrosar las filas enemigas.

En medio de aquel cuadro desolador, solo Maximiliano conservaba su serenidad y sus esperanzas. Esperanzas que no podían tener ya fundamento alguno;

pero el soberano veía llegar su destino, sin inmutarse en lo mas mínimo.

Se decidió romper el sitio; todos los consejos de guerra, todos los planes, todos los informes de esos días no tuvieron otro objeto.

Se construyeron puentes de madera, para arrojarlos sobre las paralelas enemigas y atacar por distintos puntos.

El general Mejía llamó á las armas al pueblo de Querétaro que lo adoraba, y á pesar de eso, sólo pudo conseguir doscientos hombres. Las intencions de Mejía eran asegurar la retirada en caso de un desastre y guarnecer previamente la plaza.

El 14 de mayo, los generales dirigieron al Emperador una proclama en la que se hacían tremendos cargos á Márquez; en esa proclama se proponía atacar desde luego al enemigo en todos los puntos de su línea, y en el caso de ser rechazados los imperiales evacuar la plaza inmediatamente, inutilizando la artillería y trenes y rompiendo el sitio á toda costa.

Pero otro cuestión muy importante se presentaba, ¿qué camino tomar y adónde dirigirnos al salir de la plaza sitiada?

Dirigirnos á la capital era imposible, con tropas tan insuficientes y tan desmoralizadas como las que nos quedaban. Indudablemente que al primer encuentro con los republicanos, éstos nos habrían hecho pedazos.

Nuestra única esperanza era la sierra, cuya entrada estaba á pocas leguas de Querétaro y que pertenecía toda en cuerpo y alma al general Mejía.

Allí, con los valientes indios adictos á Mejía y al abrigo de cualquiera traición, Maximiliano y los fieles que le quedaban podrían esperar los acontecimientos,

Quedó por fin decidido que á toda costa saldríamos rompiendo el sitio.

La escolta imperial debería formarla el príncipe de Salm Salm, con las fuerzas del coronel Campos y los húsares austriacos, un batallón de los cazadores de México, el 4º de caballería y un escuadrón del regimiento de la Emperatriz, con el coronel López á la cabeza.

Además de las personas que componíamos la casa imperial, debían acompañarnos el conde Pachta, el barón Malbourg, y el valiente capitán Pittner.

Durante la noche del trece al catorce de mayo, á eso de las once de la noche, en consejo de guerra, quedó decidido que la salida había de efectuarse á las tres de la madrugada del día quince.

Todos los preparativos estaban listos y todos estábamos dispuestos para la partida; Maximiliano tenía la certeza, no solo la esperanza, de que el día citado estaría fuera de Querétaro.

CAPÍTULO VII

La noche del catorce de mayo. — Entrega López el cuartel general de La Cruz. — Sorpresa del Emperador. — Se dirige al cerro de las Campanas. — Llega el general Mejía. — Miramón es herido y cae prisionero. — Se envían parlamentarios á la ciudad. — El Emperador prisionero es conducido á La Cruz. — Desgracia acaecida á los prisioneros. — El saqueo de La Cruz. — Enfermedad de Su Majestad.

El silencio más absoluto y la más completa obscuridad reinaban durante la noche del catorce al quince de mayo, tanto en la ciudad de Querétaro, como en el campamento enemigo.

Ni un tiro, ni un grito de alarma, ni un cañonazo se escuchó en toda la noche.

Durante el día me habían sido entregados cinco mil pesos, producto de las últimas contribuciones de guerra pagadas por los infelices queretanos. Esta suma se encontraba casi totalmente en monedas pequeñas y varias veces pregunté al Emperador, qué había de hacerse con ella. Ya al caer la tarde, me dijo que

llamara al teniente coronel Diaz de la Guardia municipal de caballería, para que distribuyera aquel dinero á la tropa.

Como se había decidido que en la madrugada del quince habíamos de salir de la plaza sitiada, nuestros caballos estaban ya dispuestos para el objeto.

Maximiliano me había dado orden de que reuniera el oro que hubiera disponible, para distribuirlo entre él, El Dr. Basch, el príncipe de Salm-Salm, el oficial de órdenes Pradillo y yo.

Á los criados me ordenó que les diera algunas monedas de plata.

Distribuí pues el oro que quedaba, en la forma siguiente :

Veinte onzas al Emperador, veinte á cada una de las personas de su casa, y á los criados Grill, Tudos y Severo, unos ciento cincuenta pesos á cada uno.

Las monedas de oro las colocamos en esos cinturones de cuero, llamados víboras, que se prestan tan fácilmente á llevar grandes cantidades de dinero, en derredor de la cintura.

Maximiliano había dispuesto de esa manera la distribución del dinero entre las personas de su casa, para que en el caso de que llegáramos juntos á algún punto de la sierra, volver á reunir los fondos para los gastos generales. Si por el contrario, en la precipitación de la fuga, cada uno tomaba por distinto rumbo, llevar consigo algún dinero para cualquiera eventualidad.

Serían como las diez y media de la noche, cuando

habiendo acabado mi distribución, entró á mi cuarto el coronel López, y me dijo que el Emperador lo mandaba para recibir también algún dinero. Le dije que como no había llegado á tiempo, ya no quedaba nada por distribuir; que lo único que tenía eran cien pesos de plata.

Lleno de ira y con palabras muy violentas, me preguntó por qué no le había reservado una parte de oro; á lo que contesté que no estaba en la lista de las personas que me había dado el Emperador, y que por lo tanto ni los cien pesos le daría; pero viendo que no le quedaba más remedio, aceptó los cien pesos y salió de mi habitación.

Á esa misma hora, se efectuaba un consejo de guerra en las habitaciones de Maximiliano. Sin saber de lo que ahí se trató, solo supe que se había aplazado la salida para la noche siguiente, pues así me lo hizo saber el Emperador, manifestando que podía retirarme á dormir.

Por la tardé de ese mismo día catorce, visité á mi amigo el coronel Castañeda y Nájera. Sin contarle nuestro proyecto de fuga de Querétaro, le comuniqué mis temores y mis dudas, respecto al fatal desenlace, que de un momento á otro podía tener aquella aventura, y le manifesté también que tenía dinero mío depositado en la casa de don Carlos Rubio.

Eran mis sueldos de cuatro meses y mis gratificaciones de viaje; le supliqué que recogiera ese dinero, y que como era natural que él iría á México terminado el sitio, lo entregara á mi madre. Le confié los documentos para que pudiera recogerlo, y nos despedimos abrazándo-

nos estrechamente sin saber si decirnos *hasta luego* ó un *adiós* eterno.

Eran las cuatro en punto de la mañana del día 15 cuando escuché pasos precipitados por los corredores, y se abrió mi puerta estrepitosamente, dando paso á un desconocido.

— Corra Ud á despertar al Emperador, me dijo éste, el enemigo ocupa La Cruz; el convento está cercado por los liberales.

Salté de la cama á medio vestir, encendí luz y entonces reconocí en el hombre que me hablaba el segundo de López, al teniente coronel Yablonski.

Corrí inmediatamente al cuarto de Maximiliano, y al pasar por el corredor pude ver el uniforme de los soldados de supremos poderes, uniforme gris y shacó muy alto. Casi todos estos soldados eran de elevada estatura, y ya había centinelas de ellos en todas las puertas de las celdas.

No me cabía la menor duda, estábamos en poder de los liberales.

El Emperador dormía tranquilamente; dije á Severo que lo despertase; pero el soberano, dudando aún que fuera cierto lo que yo le decía, comenzó á vestirse con mucha lentitud.

Entonces entró Yablonski á suplicarle se diera prisa y entre tanto yo corrí á las habitaciones del general Castillo y á las de su ayudante el coronel Guzmán, mientras Severo volaba á despertar al príncipe de Salm-Salm y al oficial de órdenes Pradillo.

Yablonski, al salir del cuarto del Emperador, había corrido también á avisar al príncipe de Salm-Salm, y de paso entró al cuarto de Basch. Este, según nos refirió despues, salió de su habitación y mandó ensillar inmediatamente su caballo, corriendo en busca de Salm-Salm, á quien encontró ya vestido.

— ¿Qué pasa? le preguntó.

— Despáchese Ud, contestó el príncipe, estamos en poder del enemigo. Diga Ud á Fűstenberter, capitán del Estado mayor austriaco, que haga ensillar en el acto los caballos de los húsares.

Al dar el doctor esta orden, se encontró con Severo, que venía á llamarlo de parte de Maximiliano, quien ya estaba listo, pero que con mucha calma le dijo:

— No será nada, el enemigo ha de haber penetrado á los jardines. Tome Ud sus pistolas y sígame.

Bajó Basch en busca de sus armas, que estaban en la silla de montar, y allí fué hecho prisionero.

En cuanto á los demás oficiales y criados de la casa, el príncipe de Salm-Salm, el general Castillo y yo, rodeamos al Emperador y con él bajamos las escaleras llenas ya de soldados liberales, que en aquellos momentos de confusión no nos reconocieron.

Al llegar á la puerta que daba á la calle, el centinela gritó *atrás*; entonces un oficial, que apoyado en el pretil del pasadizo que conducía á la puerta nos miraba pasar, dijo al centinela:

— Déjalos pasar, son paisanos.

En medio de la obscuridad que reinaba, pues aun no

amanecía, y á la incierta luz de un farol, colgado en la puerta del convento, pudimos ver al oficial; vestía blusa de lienzo, era blanco y tenía largos bigotes rubios, despues supimos que era el coronel Rincón Gallardo.

Bien ciertos estuvimos que Rincón Gallardo, no solo reconoció al Emperador, sino que vió los uniformes de los oficiales que lo acompañaban y las espadas que salían de debajo de los abrigos.

¿Quiso Rincón Gallardo salvar al Emperador? Así lo creimos todos ó, por lo menos, no quiso que sobre él cayera la tremenda responsabilidad de haberlo hecho prisionero.

Atravesamos la plaza de La Cruz en la más absoluta obscuridad, nuestros caballos nos esperaban en un mesón de la plaza. Pradillo corrió á ensillar el suyo y el del Emperador, alcanzándonos en la calle siguiente.

— Señor, dijo Pradillo, aquí está el caballo para Vuestra Majestad.

Pero Maximiliano contestó:

— Ni el general Castillo ni los demás tienen caballos, sigamos á pie.

Y á pie seguimos, incorporándose á nuestra comitiva los oficiales y soldados imperialistas que encontrábamos á nuestro paso y que ignoraban de lo que se trataba.

Antes de llegar á la plaza, oímos el galopar de un caballo y nos detuvimos á ver lo que acontecía. Era López, que al galope se unió á nosotros y dijo á Maximiliano:

— Señor, todo está perdido; el enemigo está en La Cruz y bien pronto ocupará la ciudad; pero tengo un lugar perfectamente seguro para esconder á Vuestra Majestad.

— ¿Esconderme? replicó Maximiliano, con voz alterada por el enojo, jamás. Sigamos hasta el Cerro de las Campanas y allí tal vez encontraremos todavía tropas nuestras.

Y seguimos hacia el cerro, llamándonos la atención extraordinariamente que López montara de nuevo á caballo y en vez de seguir con nosotros, volviera rumbo á La Cruz. ¿Por qué no siguió con nosotros? Más tarde lo supimos.

Uno de los oficiales que se nos había incorporado, el comandante Juan Ramírez, se ofreció á adelantarse á nosotros, correr á caballo hacia el cerro, y avisar al coronel Gayón, que mandaba el punto, que el enemigo estaba en La Cruz y que Su Majestad con algunos oficiales fieles se dirigía al mismo cerro, precediéndolo dicho comandante solo unos pasos.

Comenzaba á amanecer cuando el grupo de fugitivos, salió de la ciudad y atravesando la llanura que conduce al Cerro de las Campanas, siguió rumbo á la pequeña colina.

Ya cerca del cerro nos habían alcanzado algunos criados y asistentes con nuestros caballos; pero seguimos á pie lo mismo que el Soberano.

Al ver los republicanos aquel grupo de oficiales comenzaron á hacer fuego sobre él, viniendo las granadas á reventar muy cerca de nosotros.

Unos cuantos oficiales, cien infantes y cuatro cañones componían la guarnición del cerro.

Poco después de nuestra llegada vimos salir de la ciudad, y venir hacia nosotros, una parte del regimiento de la Emperatriz, con el teniente coronel Pedro A. González á su cabeza.

Enseguida llegó el conde Pachta con un piquete de caballería, y por último el general Mejía y algunos de sus ayudantes.

Uno de los oficiales que después llegaron nos dijo que Miramón había sido herido al salir de su casa.

Los republicanos seguían haciendo fuego muy nutrido sobre nosotros, las piedras de la trinchera volaban á pocos pasos, y las granadas reventaban á unos cuantos metros de aquellos trescientos leales, que constituían el último resto del ejército imperial.

Entretanto desde las alturas del cerro veíamos acercarse á nosotros los millares de soldados del ejército sitiador.

De cuando en cuando, el eco nos traía el rumor de la gritería de la soldadesca que llenaba las calles de Querétaro y el alegre repique de las campanas lanzadas á vuelo.

Maximiliano me dió su cartera con sus papeles más reservados, y me ordenó los quemara, junto con mis apuntes, orden que inmediatamente ejecutamos en la tienda del coronel Gayón, donde encontramos una bujía puesta sobre una maleta cerca de la cama, cuya bujía encendimos el capitán Furtenberter y yo, quemando todos los documentos.

Entretanto Su Majestad dice á los generales Mejía y Castillo :

— Montemos á caballo y tratemos de abrírnos paso entre esa cadena de hombres, que sigue estrechándose enderredor nuestro. Si no conseguimos salir, á lo menos allí encontraremos la muerte.

Los generales se oponen.

— No hay más remedio que rendirse, contestan.

Entonces, Pradillo y otro oficial, designados como parlamentarios, bajan como tales, dirigiéndose á la ciudad, y á la vez una bandera blanca improvisada con la lanza de un soldado y una sábana tomada en la tienda de campaña de Gayón se enarbola en la colina.

Cesa el fuego de la artillería enemiga y mientras nuestros soldados saltan las trincheras, y se desbandan hacia el campo enemigo tirando sus fusiles, vemos dirigirse al cerro un grupo de oficiales liberales, llevando á la cabeza al general Corona, á quien se da Maximiliano por preso.

Los oficiales republicanos nos rodean y dicen al Emperador que monte á caballo, y con él á la cabeza, rodeados de liberales volvemos á la ciudad, pero al llegar á la falda del cerro, nos sale al encuentro el general Escobedo, á quien Maximiliano entrega su espada. Pide el Soberano ser conducido por los alrededores de la ciudad y no por las calles principales, y concediéndosele ese deseo es conducido á La Cruz, donde se le instala provisionalmente en su antigua habitación.

En el trayecto del cerro á la Cruz, montaba el Empe-

rador su manso caballo el Anteburro ; pero como al llegar los caballerizos y asistentes al cerro llevaban de la brida el Orispelo, al rodearnos los jefes que venían con Corona, y entre los que estaban Riva Palacio, Echagarray, Mirafuentes y otros, uno que tenía aspecto de guerrillero y que no llegué á saber cómo se llamaba, arrebató el Orispelo al caballerizo y se alejó con él ; pero á poca distancia, se le acerca otro de tan mala catadura como el que llevaba el caballo de Maximiliano y le pide ese botín de guerra ; el que lo llevaba se niega á entregarlo, y entonces el segundo liberal saca el revólver y sin decir una palabra le asesta un tiro, lo mata y se lleva el magnífico caballo que tantas veces había montado Su Majestad.

Esto pasaba á dos metros de nosotros y en presencia de todos los jefes que nos rodearon. Muchos otros sucesos semejantes se registraron en Querétaro durante ese día.

Al salir de La Cruz, el Emperador me dió sus magníficos anteojos de campaña, que traía al costado. La caja de cuero de Rusia que los guardaba tenía encima la cifra imperial en oro y pendía de una cinta de charol. Me ceñí al pecho aquella reliquia para mí tan preciosa, y cuando entramos á la ciudad, un oficial yanqui, de los muchos de esa nacionalidad que abundaban en las filas republicanas, me pidió los anteojos poniéndome la pistola al pecho. No hubo más remedio que entregárselos.

Al entrar á la plaza de La Cruz, se situó el general

Echagaray con algunos jefes más á recibir á los prisioneros, que por todos lados llegaban á la plaza.

El general los hacía desmontar y entregarsus armas, que recibían los oficiales, depositándolas enseguida en el suelo; los soldados tomaban los caballos y los prisioneros eran conducidos á la iglesia.

Al llegar el Emperador se le condujo, como ya dije, á su habitación en el convento; á mí y á los demás que formábamos parte de su comitiva se nos llevó á la iglesia.

El general Mejía, Castillo y Salm fueron llevados á otra parte, y por orden de Escobedo los criados Severo, Grill y Tudos fueron puestos en libertad.

Eramos en la iglesia más de seiscientos prisioneros, sentados unos sobre los altares, otros en los confesionarios y en las bancas, y todos, pasada ya la primera impresión, se contaban mutuamente sus aventuras. Muchos de ellos fumaban, y uno de estos fumadores tiró distraidamente la colilla de su cigarro sobre una cartuchera llena de cartuchos, que se encontraba en e suelo.

Prodújose en el acto una explosión formidable y un pánico terrible se extendió entre todos lo que estábamos allí.

La guardia que se encontraba en la puerta del templo, al ver correr á los prisioneros hacia fuera, hizo fuego sobre ellos, matando á algunos infelices é hiriendo á otro mas.

Se grita en el acto que nadie quiere fugarse, que ha

sido un accidente y sólo así se evita una carnicería espantosa; pues el general que mandaba el punto ya había mandado apuntar una pieza de artillería con metralla para el interior del templo.

Escobedo visita á Maximiliano en su prisión y le pregunta si quiere que las personas que lo acompañaban, estén á su lado, y le dice que designe á quiénes desea tener cerca de él.

El Soberano designa entonces á Pradillo, á Ormaechea, al doctor Basch, al príncipe de Salm-Salm, al coronel Guzmán y á mí.

Se nos busca por todas partes, y al presentarnos al Emperador, éste nos recibe con su triste y amable sonrisa.

— Estoy contento, nos dice, de que todo haya pasado sin derramar sangre, más vale así.

La disentería que lo aquejaba se exagera con tan violentas emociones, y se ve obligado á guardar cama, por algunos días.

Cuando volví á mi cuarto, que iba á servirme de prisión, había desaparecido la cama, los muebles, las cajas de conservas, y solo había por el suelo algunas botellas vacías y rotas.

Las cajas que contenían medallas y condecoraciones habían sido también destruidas, robadas las alhajas, y todo indicaba que allí se había efectuado una de esas escenas de saqueo y de pillaje tan frecuentes en la guerra.

El sitio de Querétaro había terminado, después de resistir durante setenta y dos días, valientemente, siete mil imperialistas á cuarenta mil sitiadores.